

REVISTA PEDAGÓGICA

Suplemento pedagógico a EL MAGISTERIO ESPAÑOL

ARGENTINA

Los agregados docentes

Los Inspectores de Buenos Aires, señores Baró y Rozzada, han elevado un Mensaje a la Inspección general y técnica pidiendo que como hay agregados militares, haya agregados docentes en las representaciones diplomáticas extranjeras.

«Las dificultades, dicen, con que se tropieza para conocer la organización escolar en el extranjero, leyes y reglamentos de instrucción primaria, material escolar, modalidades de la enseñanza, proyecciones y aplicación en la vida de los pueblos; la conveniencia de recopilarlos, adaptarlos y difundirlos; la necesidad de dar a conocer nuestras instituciones de enseñanza, al par que nuestra evolución educacional y social, abriendo así una nueva fuente de difusión en el exterior y un mejor reclamo a la inmigración del hombre, un mercado a nuestra producción literaria, pedagógica o científica, un intercambio más intenso y orgánico de las actividades del saber, y, sobre todo, en lo que a las naciones de América respecta, una fuente estable de confraternidad, nos sugiere la idea de presentar a la consideración del señor Inspector general el siguiente proyecto de resolución.»

El proyecto está admirablemente tratado. Se logre o no se logre, la idea es excelente y está lanzada.



CHINA

Carácter de la enseñanza

Josy Morison, que ha viajado recientemente por la China, estudiando sus instituciones, escribe refiriéndose a la enseñanza:

«En la moderna China coexisten tres clases de educación, una al lado de la otra, bien diferentes por cierto.

Es la primera la vieja y tradicional forma

de enseñar de memoria los clásicos sin explicación alguna en la primera juventud, seguida de su estudio más inteligente y explicativo en años posteriores. Los hombres que tienen hoy alrededor de treinta años, incluso los que al fin pudieron adquirir una educación moderna más completa, todos empezaron por aprender a leer y a escribir en las Escuelas de tipo antiguo. Tales Escuelas forman aún la inmensa mayoría y dan casi toda la educación elemental que obtienen las juventudes chinas. Los muchachos han de aprender de memoria cada día un trozo de texto clásico y repetirlo en alta voz en clase. Todos lo repiten al mismo tiempo y arman tal estrépito, que la vecindad de una Escuela china es completamente inhabitable para cualquier europeo.

El número de gentes que aprenden a leer por estos métodos es considerable; en las grandes ciudades suele uno encontrarse con que hasta los peones, mozos y braceros pueden leer en una proporción que no bajará del 50 por 100. Pero escribir, lo cual es muy difícil en chino, ya no se encuentra con tanta facilidad entre la gente ignara. Probablemente, los que pueden leer y escribir al mismo tiempo su idioma, forman poco más del 5 por 100 de la población total de la China.

La educación clásica tradicional no se daba sólo elementalmente, por supuesto. La cantidad de literatura china es enorme, y los más viejos textos son difícilísimos de entender. Hay, pues, espacio dentro de la tradición para toda la industria y erudición de los más finos sabios renacentistas. Tal suerte de enseñanza ha sido respetada en China por siglos y siglos. Suele uno encontrarse viejos sabios de este tipo, a cuyas opiniones, hasta en política, es habitual condescender por cortesía, y además porque sería inútil contradecirles. No pueden comprender los argumentos de un hombre moderno. Tienen la inocencia y la falta de mundanidad de los viejos ropajes que los envuelven. Son hombres sabios, amables y sinceros; pero enteramente perdidos en el mundo actual,

basando sus opiniones sobre socialismo, por ejemplo, en lo que algún filósofo del siglo VIII o IX dijo acerca de tal asunto.

Los argumentos por y contra el tipo de superior educación que ellos representan son exactamente los mismos que pueden hacerse en pro o en contra de una educación clásica en Europa, y en ambos casos se siente uno llevado a la misma conclusión: que es muy de desear la existencia de especialistas que posean este tipo de conocimiento; pero que el sistema ordinario para la educación general debiera tener más cuenta de las modernas necesidades y dar más instrucción en ciencia, lenguas vivas y relaciones internacionales contemporáneas. Naturalmente, con textos adecuados. No se puede estudiar geografía, por ejemplo, en la grande y magnífica «Geografía histórica y estadística del Imperio de la China», cuya primera edición, publicada en 1744, consta de 356 grandes libros, de los cuales los 342 primeros están dedicados a describir las 18 provincias del Imperio, y los 14 restantes a la descripción de los países extranjeros. La China puede enorgullecerse de poseer la obra más detallada, minuciosa y completa que existe en el mundo; pero de escaso valor práctico para la educación general.

El libro de las Mutaciones, el libro de los Ritos y los otros tres que forman los Kings, suman más de 6.000 volúmenes; las Conversaciones filosóficas de Mencius forman 732 volúmenes; la Historia de las dinastías, 3.681 volúmenes; la Escuela de Confucio, 1.691 volúmenes; los libros escolásticos, elementales, la cronología, la secta de Laotsé, etcétera, ect., hasta un total de 80.000 volúmenes en Filosofía, Moral, Religión y Ciencia, forman el espíritu del sabio desde su más tierna juventud con evocaciones de un mundo que tiene más de cinco mil años de existencia.

Se comprende el estupor del pueblo chino al chocar con el Occidente materialista. Ellos nunca dieron valor a las riquezas, y creyeron ingenuamente que «la sabiduría es superior a las piedras preciosas». Cualquier familia china se conforma con ver a todos sus vástagos comer el arroz alrededor de la misma marmita, sacrificar en el altar de sus muertos y honrar pública y privadamente a sus ancianos padres vivos.

Esta es la verdadera, la clásica, la vieja educación tradicional, que une y relaciona las vastas tierras pobladas por la raza.»

Hay otro género de educación en China, que va extendiéndose más cada día: es la de

los misioneros. Esta educación es de carácter europeo y se diferencia muy poco de la nuestra.



FRANCIA

Las tradiciones de la educación francesa

Monsieur R. Thamin dice lo siguiente en la *Revue internationale de l'Enseignement*:

«¿Cuáles son las cualidades francesas esenciales? Parece que una de ellas es, desde luego, el amor a la verdad.

En todos los países civilizados, la mentira degrada al que la usa. Parece, sin embargo, que nosotros experimentamos, a este respecto, un suplemento nacional de repugnancia. No ser franco, es no ser francés. Nosotros perseguimos la falsedad bajo todas sus formas. Hay una lealtad, más que otra cualquiera, sobre la que no admitimos transacción: es la lealtad en la enseñanza.

Nosotros consideramos como desleal perseguir otros fines que aquellos que confesamos y abusar de la confianza que se nos concede para hacer del niño un instrumento al servicio de estos fines, cualesquiera que sean.

La *justicia* es una pasión francesa. Una injusticia escolar hace sobre un alma del niño una herida difícil de curar aun cuando no sea él quien la sufra.

La *tolerancia* está establecida en nuestras conciencias más profundamente quizás que en las de ninguna otra nación. Ha venido a ser, también, una virtud nacional.

Es natural unir la caridad a la justicia. A menudo se completan. Hay bondad innata en el alma francesa. El placer de hacer el mal nos es desconocido.

Es supérfluo hablar del valor francés, y, sin embargo, es imposible no hablar de él. Su condición es ir delante y cortarse la retirada. Y, con el honor, nosotros volvemos a las tradiciones más antiguas. El honor es, por ciertos lados, una supervivencia de la caballería. Ha inspirado a nuestro teatro clásico y algunas de nuestras novelas. *La emulación es el honor escolar.*

La exaltación que engendra toda vida en común, y que hace la superioridad de la educación pública, la alegría del esfuerzo participado y de lo que se puede llamar el unísono psicológico, he ahí las circunstancias atenuantes para la emulación, si tiene necesidad de ellas.»

PERU*Los sueldos de los Maestros*

Los Maestros del Perú han emprendido una campaña para que sean mejorados sus haberes. La Dirección general de enseñanza y en su nombre, D. Leopoldo García, ha dado su opinión proponiendo las bases para establecer una escala racional de haberes, teniendo en cuenta:

1.º Que debe ser equivalente a la escala que rige para los diferentes grupos de servidores del Estado. No hay razón para que exista desigualdad entre el personal de la policía, por ejemplo, y el del Magisterio primario.

2.º Que el aumento de haberes debe ser proporcional a la disminución del poder adquisitivo de nuestra moneda.

3.º Que la diferencia de haberes debe estar relacionada con los méritos, tiempo de servicios eficientes, experiencia y preparación adicional.

4.º Que igualmente debe ser bonificado quien obtenga mayor éxito en su función docente, en orden a los resultados de la enseñanza suministrada.

5.º El monto de haber mínimo ha de corresponder a las necesidades reales de la vida de los Maestros jóvenes recientemente iniciados. Pero el ingreso en el Magisterio no ha de ser cuestión de número, sino de calidad, y ésto sólo puede alcanzarse con una compensación económica y progresiva a base de un apreciable haber mínimo, lo que permitirá, además, efectuar una selección, pues a mayor haber, ha de acrecer la afluencia de aspirantes.

Esto, para el ingreso; pero, después de ingresar, todo Maestro de mérito y vocación debe tener oportunidad de alcanzar sucesivos aumentos que le permitan atender a sus necesidades, cada vez mayores, comprar libros, suscribirse a revistas pedagógicas, hacer estudios complementarios, etc.

También ha de relacionarse el haber con la importancia de la localidad, pues ello suele influir en las necesidades y en el costo de la vida.

PORTUGAL*Concursos para Inspectores*

Los concursos para pruebas públicas, a modo de nuestras oposiciones, que van a

hacerse en Portugal para cubrir las vacantes que ocurran en el cuadro de Inspectores, serán abiertas por el plazo de sesenta días.

A estos concursos sólo podrán ser admitidos los Maestros efectivos de enseñanza primaria que como tales hayan prestado más de cinco años de buenos servicios, que no tengan más de cincuenta años de edad y que no hayan sido castigados con alguna pena disciplinaria en su carrera.

Los Tribunales, formados de un modo parecido a los de España, se componen de siete jueces.

Los exámenes para Inspectores de círculo constarán de pruebas de cultura general y pruebas especiales o prácticas.

Las pruebas de cultura general constarán de un ejercicio escrito sobre Literatura, Historia y Ciencias naturales, y otro ejercicio oral en que el candidato será interrogado por dos vocales del Tribunal sobre materias contenidas en los programas de la enseñanza normal. El tiempo señalado para el ejercicio escrito es de cuatro horas. Estas pruebas son eliminatorias, y el Tribunal juzgará los trabajos con estas dos notas: «admitido», «excluido».

Las pruebas especiales y prácticas constarán:

a) De una parte escrita en que el candidato deberá responder a dos cuestiones sobre legislación vigente de enseñanza primaria.

b) De una parte oral, en que habrá de disertar, por espacio de una hora, sobre un punto sacado a la suerte con veinticuatro horas de anticipación, y responder a un interrogatorio durante media hora.

c) De una lección práctica, dada a los alumnos en la clase o clases que determine el Tribunal.

d) Discusión sobre la lección dada con referencia a los métodos y procedimientos de enseñanza, sistemas educativos, pedagogía general y especial.

e) Inspección hecha a una Escuela, seguida inmediatamente del juicio y crítica que le merezca, escrito a presencia del Jurado.

En ningún ejercicio escrito podrán actuar más de veinte opositores a la vez.

En el decreto se especifican las materias sobre que han de versar los ejercicios. Los temas serán propuestos cada día por el Tribunal. Terminados los ejercicios el presidente del Tribunal elevará al Gobierno una lista de los aspirantes aprobados en orden de mérito.

M I R A N D O A L A V I D A

POR J. SALVADOR ARTIGA

La luz vespertina vase apagando para dejar el mando a la espesura de la noche. El tren salva las distancias y dice la canción monocorde de su rodar tumultuoso que fatiga nuestros miembros, mientras que, por la ventanilla, vemos la procesión veloz de las siluetas confusas de árboles y de postes que pasan cual fantasmones persiguiendo una quimera... Pensamos en cosas muy lejanas, cambiamos de postura buscando la más cómoda, medio quedamos dormidos algunos instantes, y el convoy continúa pujante su carrera que pregona de vez en vez con la unfanía de un silbo prolongado. Estamos solos en el departamento, y la palidez de un mechero viste el cuadro y el momento de un efecto si es o no triste. El libro que hoy llevamos de acompañante no puede hablarnos ahora porque las sombras hicieron suyo el recinto, y a merced estamos de una pesadez que ni siquiera nos permite el goce de los paisajes que en tropel cruzan.

Frena su marcha el tren, entra en agujas y hace alto en una estación. Una voz gangosa anuncia a un minuto de parada que aprovechamos para la distracción de una asomada rápida. Pero... ¿qué ocurre? En el andén se apretujan las gentes en sentida demostración de afecto a un hombre a quien despiden. Todos se disputan el estrecharle las manos, muchos le abrazan, y un puñado de niños acude a él para besarlo. Comprendemos. Allí está el pueblo en masa—y adivinamos sus autoridades al frente—para ostentar la contrariedad que le produce el hecho de que una persona, de singular condición, parta con cargo o destino a otro lugar. Es

un verdadero homenaje a quien viene a nuestro departamento con el orgullo de una emoción de la que nos contagiamos un poco, al tiempo que el toque vibrante de una campanilla ordena que reanude su viaje el tren. Estremécese éste y suena un ¡viva D....! que contesta unánime la muchedumbre. Nuestro hombre deja que se le escape una lágrima, y, después de saludar agitando la diestra, asomado medio cuerpo al exterior del coche, y de repetir su adiós a todos, toma asiento frente a nosotros.

Ya nos parece que la hora es menos pesada; ya diría que el ambiente se ha tomado de la nota de simpatía que llega con el nuevo viajero. Rueda el mónstruo, rugiente y devorador de kilómetros, nos lleva más allá, y fiados a su ímpetu, nos acomodamos en nuestro puesto en espera del término de esta andanza. Una callada breve de los dos, y acabamos por hablar.

«Voy — nos cuenta — de Maestro a otra provincia, después de haber estado quince años aquí.»

El Maestro se va, y era *aquello* el rendimiento formal de las almas, dolidas por la ida de quien—sin duda—supo dirigir las para el bien. Se va, y con él un coloquio de la gratitud de los que quedan y le deben las gracias de la enseñanza. Mas nosotros, intencionados y saboreando el encanto de esta feliz coincidencia, preguntamos esto:

«¿Qué ha hecho usted, qué ha hecho para que, de tal modo, se le hayan entregado y así sientan su marcha?»

Y él, sencillo, como el que no dice nada, y lo dice todo, nos responde:

«Yo, señor, no hice más que una cosa: quererlos. ¡Querellos mucho!»

ORGANIZACION ESCOLAR

por D. Ezequiel. Solana—500 páginas, cinco pesetas.

LA NUEVA EDUCACION

LA «CASA DE PAZ», DE TAGORE

En el movimiento pedagógico mundial, Rabindranath Tagore, el gran poeta indio, debe figurar en la vanguardia. La Shantiniketan, que significa «Casa de Paz», fundada por Tagore, en Bolpur, a 160 kilómetros de Calcuta, es hermana en ideales a la de la calle del Ermitage (Bruselas); a la de San Cristóbal, en Letchwoth (Ingraterra), y a la de la Fraternidad Internacional de Educación, en Holanda.

Rabindranath Tagore es una de las más puras y altas mentalidades de nuestra época. Desde que se le otorgó el premio Nobel de Literatura, que por cierto dedicó su importe a la organización de esta Escuela, tiene una universal y justa notoriedad. Pocos escritores han llegado a las honduras del corazón y al sentimiento humano como el gran poeta indio.

Tagore titula uno de sus libros de ideas e intuiciones geniales, *Pájaros perdidos*, y en él dice:

«Si de noche lloras por el sol, no verás las estrellas.»

Su producción es múltiple: cuentos, poemas, ensayos, poesías... *La luna nueva*, *La ofrenda lírica*, *El cartero del rey*...

Su personalidad se ofrece enteramente a la libertad de la India. El manifiesto de agravios que dirigió a Inglaterra, es un modelo de visión política y de sentimiento de raza.

Pero con ser esto grande, la personalidad del poeta se agiganta, y es extremadamente hermosa y sugerente al estudiar su tarea educadora. En la Escuela de Tagore, la «Casa de Paz», bajo el cielo azul y el sol brillante, a la sombra de los árboles, en plena Naturaleza, los jóvenes de la India vieja aprenden y practican el amor a sí mismo en el amor a su raza y a su país, suprema obra de libertad, ideales de pureza y anhelo de armonía con todo lo existente.

«Sé, dice el poeta, que las enseñanzas de las Escuelas modernas son agresivamente antagónicas a estos ideales; pero también sé, con toda seguridad, que todos los Maestros de la antigua India tenían razón cuando decían: «La muerte es verdadera muerte cuando se abandona este mundo sin haber realizado la eterna verdad de la vida.»

Shantiniketan sigue los sistemas más modernos de educación. Se admiten en ella ni-

ños de cualquier casta, lo que es maravilloso si pensamos en los arraigados prejuicios de casta de aquel país. Las cuotas son irrisorias, y, sin embargo, hay plazas gratuitas para los más pobres. Hay libertad religiosa, pero cada mañana, niños y Maestros, se trasladan a un templo donde cada niño reza la primera plegaria a su Dios, y después, en coro, con entusiasmo y firmeza, cantan: «Om, Shanti, Shanti, Shanti», que quiere decir: «Señor, Paz, Paz, Paz».

El Profesor Pearson dice que, oyendo por primera vez esta invocación, se experimenta una emoción difícil de olvidar.

Cada niño es libre de observar o no las reglas religiosas de su casta. Los Maestros cuidan de los niños con la mayor devoción y cariño. Viene a ser la «Casa de Paz» como una familia, en la que los Maestros son los padres. Los niños cantan con deleite, a veces a la luz de la luna, o cuando el sol aparece en el horizonte, las bellas poesías de Tagore, el apóstol de las barbas blancas, el hombre sencillo y bueno, todo corazón.

Para tener una idea más exacta de esta Escuela, será lo mejor copiar unos párrafos de la carta que dirige al Profesor Pearson:

«Al fundar la Escuela de Bolpur, mi principal objeto fué dar a los muchachos una cultura espiritual. Afortunadamente, en la India tenemos el modelo de nuestras Escuelas forestales, tan gratas a nuestros recuerdos nacionales, en las que vivían aquellos instructores que querían realizar su existencia con Dios. La atmósfera estaba llena de inspiración hacia lo infinito, y los alumnos que allí crecían, unidos en estrecha luz espiritual con los instructores, sentían la realidad de Dios sin que se les impusiera ningún credo ni especulación abstracta.

Escogí este lugar, lejos de las distracciones de la ciudad, santificado por la memoria de mi padre, que aquí pasó parte de su vida en piadosa comunión con Dios, porque había forjado en mi mente una Escuela que fuese al mismo tiempo casa y templo, y en la que la enseñanza fuera parte integral del culto.

¡No creáis que yo haya realizado por completo mi ideal; pero este ideal existe palpitante, vive, se elabora y se afirma a través de todos los obstáculos, de la dura prueba

de la vida moderna! En las cosas espirituales deberíamos olvidar que es nuestro deber enseñar a los demás, o que tenemos que alcanzar resultados de posible medición. En mi Escuela quisiera que el éxito se calculara según la evolución espiritual de los Maestros y alumnos. En estos campos *la ganancia de un individuo es la ganancia de todos*, así como encendiendo una lámpara se ilumina todo el aposento.»

Estas palabras, para nosotros, son el mejor programa de orientación en los nuevos ideales pedagógicos, y, con justicia, la «Casa de Paz» debe incluirse en el grupo de Escuelas nuevas.

El Profesor Pearson, que ha visitado la Escuela de Bolpur, agrega que «el fruto que recogen los muchachos, siguiendo este sendero, es el acendrado amor a la Naturaleza y la simpatía hacia todas las criaturas vivientes. La música también les transforma, porque sus canciones no son del tipo árido y didáctico, sino que el mismo autor las llena de una alegría lírica extraordinaria».

«Mañana y noche, agrega el referido Profesor, se les da un período de quince minutos para que, sentados al aire libre, dispongan sus mentes en un estado de adoración. Nunca se les vigila, ni se les pregunta lo que piensan durante estos minutos. Se les deja completamente libres bajo el dominio de sus ideas y pensamientos; bajo el influjo del lugar, del tiempo y del poder sugestivo de la práctica en sí misma. Así obra sin trabas la influencia subconsciente de la Naturaleza, la asociación del lugar con la vida diaria, el culto que vivimos, más bien que el esfuerzo consciente de la educación consciente.»

El ejemplo de Tagore hace pensar en la suprema belleza y fraternidad que inspirará la Escuela del porvenir, con la finalidad o despecho de los fanáticos de la fuerza y de la violencia, de hacer de todos los hombres, sin distinción de razas y nacionalidades, una sola familia.

SIDONIO PINTADO

DE LOS ESTADOS UNIDOS

EXAMENES VIEJOS Y EXAMENES NUEVOS

No ha muchos días en una notable conferencia su disertante comentaba las disposiciones del Poder público y las tres maneras de recibirlas y acatarlas:

a) La corriente y rutinaria de la simple aceptación, encaje o no encaje, en nuestros ideales y concepciones.

b) La no menos ciega y siempre fanática de la rebelde negación sólo por el hecho de venir dispuestas por un poder superior; y

c) La del acatamiento consciente que escudriña cuanto de buena intención haya podido poner el legislador, y asimila y hace su propia savia lo que de ideal y atrayente se encontrare en el precepto gubernativo.

No ha mucho tampoco se volvió a disponer que los exámenes fueran obligatorios a fin de curso. Pensando en aquellos exámenes —tortura de examinandos, ante los que se sacrificaba las más de las veces toda labor educativa para dar más tiempo al embotellamiento de unos conocimientos que luego solían ser inútiles—, no es de extrañar, y hasta es lógico, que el movimiento general haya sido de repulsa y se siga hablando en contra

de esos absurdos, ya verdaderos anacronismos pedagógicos que sólo sirven para hacer la enseñanza estéril y agotadora de cuantas fuerzas y entusiasmos pudieran poner alumnos y Profesores.

Cabría el justificarse por tradición en el país de su origen, en ese país donde desde que nace el niño se le somete al martirio lento y continuo de encerrar sus pies en pequeñísimos zuecos, tan sólo para dar satisfacción a una ridícula moda o capricho, y donde más tarde, para averiguar la capacidad de los jóvenes para desempeñar cargos públicos, son encerrados en celdas en tanto duran las pruebas que demuestren su aptitud; pero en las que, muchas veces, antes encontraron la locura, y hasta la muerte, que el ansiado título o diploma que preconice su valer, y en las que realmente demostraban más el endurecimiento físico, el temperamento y la memoria, que la lucidez de inteligencia y la claridad de sus raciocinios.

Y ¿qué son al fin y al cabo en Europa esos meses que preceden a la ingrata fecha de los exámenes, sino verdaderos encierros

y mazmorras que van sofocando energías e ilusiones, obligando a los pacientes en un ambiente de fingida libertad a pasar las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio? ¿Es que a la postre demostrarán esos exámenes antiguos la verdadera capacidad del alumno, o aún hemos de atribuir el éxito o el fracaso a los factores suerte, influencia, ayuda, temperamento, etc.? La respuesta no es dudosa.

De aquí la posibilidad de existencia de esos tres modos de recibir y acatar la citada disposición y que, gustosos de construir y no lamentar, busquemos en torno nuestro la posible adaptación o solución.

No cabe duda que el examen tiene algunas ventajas de importancia que en modo alguno debemos despreciar en la enseñanza. En buscar cuáles son esas ventajas y a cuáles otras podemos añadir las existentes, desechando, en cambio, los peligros y defectos que desvirtúen tan excelente medio de estímulo y comprobación, estará, pues, el problema.

Gran paso han dado los americanos. Tanto el psicólogo en el laboratorio, como el profesor en la cátedra, han ido poco a poco descubriendo nuevos procedimientos, de los que otro día hablaremos en concreto, y en los que han ido separando lo útil y agradable de lo que es vano y molesto. Al factor personal del examinando y del examinador lo ha ido sustituyendo por el verdadero objetivo de cada examen, y en forma tal que un mismo sujeto reaccione de idéntica o parecida manera ante cualquiera que fuese la persona y ocasión en que fuera juzgado. Unase a una verdadera técnica la atracción y eficacia que suelen acompañar a los nuevos tipos de exámenes y tendremos un valioso medio para el estímulo y comprobación de la labor educativa realizada.

Característica principal de estos nuevos tipos es la de medir específicamente lo que específicamente quiere medirse. En un examen de Geografía querrá saberse lo que en absoluto conoce el alumno en Geografía, y, por tanto, nada debe interesarnos la redacción, la inventiva, la corrección y velocidad de la escritura, la simpatía del alumno, etc. Háganse para cada uno de estos factores exámenes o reacciones de cada uno de ellos si se quiere, pero no involucremos lo que tan sagrado debe ser: la justicia y equidad para todos en la estimación de los conocimientos geográficos que cada uno posee.

A aquel largo discurrir y pensar en el plan a desenvolver en el tema, haciendo de-

pendar muchas veces la mejor calificación del orden o habilidad empleado en su desarrollo, se le ha sustituido por una serie larga de preguntas sintéticas que sólo requieren respuestas de una o dos palabras. No cabrá, pues, la habilidad de «salirse por la tangente», ni la florida exposición, ni la adulación indecorosa que tanto indigna al estudiante recto y de valer, como tampoco cabrá la torcida interpretación, ni la acogida benévola (hija, la mayoría de las veces, de la influencia), ni la injusticia en la calificación del ejercicio por parte del Profesor. En los exámenes de nuevo tipo cada contestación se evaluará por uno o dos puntos, y la suma total de los mismos será comparada con métodos estadísticos con la de los otros alumnos de la misma clase y aun con los de otra cátedra de la misma o distinta localidad. Y no será sólo la interpretación que el Profesor quiera hacer la que determinará la nota que ha de recibir el examinando: el número relativo que alcance por la puntuación obtenida será el elemento esencial de juicio. ¡Cuántos disgustos no habrán evitado y cuántos podrían aún evitarse!

Recordamos a este propósito con qué tranquilidad esperábamos en nuestros exámenes universitarios la calificación que habíamos de obtener. Nada podíamos temer ni nada podíamos esperar de nuestra condición de extranjeros. Sabíamos perfectamente que los números hablarían con sobrada elocuencia, y que, finalmente, una gráfica de distribución nos otorgaría la nota que merecíamos en justicia. Los trabajos realizados durante el curso, como las respuestas que entonces diéramos, serían evaluados por puntos y con arreglo a un criterio universal, en el que nada valdría el favor ni la simpatía. El Tribunal de Estado aprobaría o reprobaba la actuación de Profesores y Auxiliares. Tenía, pues, la certeza moral de que seríamos calificados cual mereciéramos; a ello nos daba derecho el considerar la integridad de nuestros Profesores y el ver la exactitud del procedimiento. Buena es aquella en verdad, pero bendita sea ésta que nos permite ser exactos, librándonos de toda ofuscación y obscuridad del entendimiento a que todo humano somos tan propensos cuando la vanidad y el amor propio riñe con la apreciación que los demás puedan hacer de nuestro valer. Que nos gustaban tales exámenes y que muy de cerca apreciábamos sus ventajas, no nos cabía vacilación; las facilidades que encontrábamos en ellos, que rayaban en agradable entretenimiento; el adelanto que

descubríamos en nuestros estudios y notas; el continuo estímulo y emulación; el conocimiento que de nosotros mismos sacábamos, bien nos decían o pregonaban la atracción que sentíamos por aquellas pruebas que tan generosamente nos habían librado de los penosos exámenes que antaño torturaban nuestros mejores tiempos estudiantiles.

Por eso acataríamos gustosos y conscien-

tes, y aún hasta aplaudiríamos, esos exámenes, que con risa sardónica habrán acogido los que, ignorantes y calumniadores, censuran la labor del sufrido Magisterio, y tanto más lo haríamos cuanto más en evidencia podríamos dejar su incapacitación para juzgar de lo que nada o poquisimo entienden.

EDUARDO CANTO

DE PEDAGOGIA

LA IMAGINACION EN LA INFANCIA

Se ha hablado mucho de la imaginación en los niños. Para unos, es la facultad por excelencia en los años de la infancia, la madre de los prodigios; para otros, la imaginación es la maestra de la falsedad y el error, «la loca de la casa».

Pero es innegable que la imaginación es una facultad rica y providencial de nuestro espíritu, que contribuye eficazmente al desarrollo de la inteligencia. La atención del niño, tan voluble e inestable, es presa muchas veces por la imaginación que la sostiene. Ved aquellos niños volanderos, que en nada se fijan, cómo al oír un cuento interesante beben las palabras del narrador, sin fatiga para ellos, antes con emoción y delicia. También se aguza la memoria, y así se observa que los menores incidentes de un relato, al volver a ser referido, a poco que se alteren, los oyentes rectifican y corrigen.

La inteligencia se ejercita tanto con los cuentos que, a una madre, dice Sully, que refería a su hijo una breve historia, entrecortada con largas explicaciones, respondió el niño cuando le preguntó si la entendía, «pienso que la comprendería mejor si no me la explicara tanto».

La misma moral educativa aprovecha en mil ocasiones el ejercicio de la imaginación con lo maravilloso. Una moral desnuda o excesivamente preceptiva es muy difícil de ser aprendida por los niños. La historia, con sus hechos, lo acredita. Los pueblos primitivos, los pueblos del Oriente, que vivieron, podríamos decir, en la infancia de la historia, sólo comprenden las ideas mediante el arti-

ficio de las parábolas, esto es, ideas y cuantos cuyos términos aparentes representan, por comparación, idealidades, superiores. Es más, si se suprime lo imaginativo y maravilloso, la mitad de la historia desaparece, y con ella, el arte, la ciencia y el progreso humano.

Podrá ser la imaginación una mentira, pero ayuda a vivir, desarrolla la inteligencia, embellece la realidad y engendra la inventiva. Sin la imaginación no se comprende el triunfo de lo bello y de lo bueno. Sin la imaginación, ¿dónde estarían las bellezas del ideal? ¿Cómo relacionaríamos la caída de una manzana con la ley de la gravitación universal descubierta por Newton?

El Maestro no puede prescindir en la Escuela del desarrollo de la imaginación, ya se considere como facultad del espíritu, ya como un medio de estimular otras facultades. Lo maravilloso infantil viene a ser una imagen sublimada de la vida: de él no se puede prescindir para despertar nobles ideas y profundos sentimientos en los jóvenes alumnos; por él se va al arte, a la invención, al placer, al consuelo, algunas veces, en los dolores y amarguras del vivir.

La narración de cuentos es uno de los medios más eficaces que posee el Maestro para educar la imaginación de los niños, y, por ella, otras facultades psíquicas consideradas como superiores. En las narraciones infantiles puede intentarse y desenvolverse una instrucción moral y cívica, más eficaz y emotiva, y, sobre todo, más permanente que la de reglas y preceptos.

CONCURSO DE TRABAJOS ESCRITOS

TEMA SEGUNDO: Bibliotecas escolares populares; medios más eficaces para obtener recursos, para despertar el interés por la lectura, no solamente de los niños, sino también de los adultos. Indicación de los libros que se consideren más adecuados en cada población. Organización de la Biblioteca, suministro de libros a las casas, etcétera.

Consideraciones previas

«Sublimes perdedores», como nos llamó en poema inimitable ese espíritu de selección que es Gabriela Mistral, parece como si al sobrevenir la decadencia del tiempo de los Austrias hubiéramos ido perdiendo lentamente, no sólo el poderío colonial y la tutela política sobre todo un mundo, sino, lo que es más grave, la estima de nuestra propia virtualidad, el sentimiento de aprecio a nuestras posibilidades, el amor y cultivo de nuestro íntimo huerto inalienable. Un sueño de tres siglos ha necesitado la casta gloriosa para reponer las energías que gastó en el alumbramiento de un continente, iniciando un desperezo promisor.

Para quienes sepan observarla, la hora presente tiene ese atributo de inquietud auroral que precede a los grandes movimientos históricos. En esa sinfonía magna que los Hados cantan a los pueblos, el Destino nacional modula ahora—en sus pífanos de oro—un amable tema de alborada. Y la raza, desperezándose, escucha atenta el mañanero himno alentador y se dispone a tomar el bordón resistente de las largas romerías. «Adelante»—dice la letra del canto jocundo.

Si a todo español a.nante de su tierra y de su casta le urge sumarse cordialmente a este movimiento de superación, en nosotros, los Maestros, tal urgencia debe constituir la más entrañable y amada de las sollicitaciones. Con la plástica arcilla del alma infantil, tenemos en nuestras manos de sutiles escultores la modelación del hombre español de mañana, y es en la delicadeza y hondura de nuestro ideal patrón de integral hispanismo donde reside el secreto de la efectividad de nuestro histórico avance. De aquí la importancia y necesidad de que el Maestro español de hoy, si quiere hacerse digno de la obra titánica a que ha donado sus energías, tenga, junto a la total concepción del mundo y la vida que hace del educador fautor consciente y no máquina ciega, un culto cordial

a la España que fué y una ideal consagración de esfuerzos y fervores a la España que será. El estudio atento de nuestro ayer glorioso, le dará el tónico alentador de la fe en nosotros mismos que ha de lanzar sobre su alma delicada y comprensiva la ráfaga dinamizadora del entusiasmo, sosteniéndole en su cotidiana tarea de condicionar—entre cánticos de esperanza—el mañana español, entrañablemente amado.

Pero si el Maestro es soldado de vanguardia en esa brega santa por un porvenir español más alto y pleno, precisa no padecer previos espejismos deslumbradores que pueden restarle bríos necesarios a la meritoria lucha. Ahora empieza precisamente el avance y debemos poner particular empeño en colocar la deseada meta tan bella y lejana, que jamás podamos alcanzarla a pesar de nuestro denodado combatir constante. No; no conviene al soldado descansar tranquilo rememorando en sueños pretéritas glorias; antes bien, necesita sentir en lo hondo la espuela alentadora de una saludable insatisfacción que le incite a superarse cada día conquistando nuevos laureles. Ha de sentirse el Maestro inundado de ese patriotismo activo que vislumbrando panoramas mejores, nos acucia y espolea para conseguir metas más altas. «Desengañémonos—dice Cajal—. Los mejores tónicos de la voluntad son la verdad y la justicia. Ni es lícito olvidar que si un hombre o un pueblo se consideran, por sugestión literaria, constitucionalmente fuertes, resulta muy difícil constreñirles a trabajar para serlo realmente.» «Reposa el cerebro español—escribe Azorín al final de sus «Lecturas españolas»—como este campo seco y este pueblo grisáceo». Y agrega estas justas e incitantes palabras: «No saldrá España de su marasmo secular mientras no haya millares y millares de hombres ávidos de conocer y comprender».

Este sacar a España de su secular marasmo, este constante aventar ideas engendrando en los cerebros anquilosados olas de cu-

riosidad y marejadas de espiritual inquietud, ha de ser labor gigantesca y meritoria a que la falange aguerrida del Magisterio hispano prenda sus heroicos afanes de cada día: «la mano temblorosa en la esteva, los ojos fijos en el horizonte donde, con los colores de nuestra bandera, flamea la aurora, nuncio de ese sol de mediodía que alumbrará la gloriosa epifanía de la raza.» (Cajal).

Acción social de la Escuela

¿Qué medios utilizará el Maestro para conmover y fecundar las entrañas, hasta ahora paráliticas, de la vida mental española?... ¿Cómo dar a la espiritualidad hispana ese vital empujón hacia adelante de que hablaba ha poco Ortega y Gasset?...

La respuesta es obvia. Nuestro tiempo exige de la Escuela, no ya una escrupulosa revisión de métodos y normas didácticas, tendentes a poner el quehacer escolar más en armonía con los poderes del niño, sino una amplificación y prolongación de sus prácticas tradicionales, antes limitadas al estrecho recinto cercado por sus cuatro paredes. A la vuelta de uno de sus viajes ejemplares decía Luis Bello en la Normal de Madrid, como resumen fecundo de sus observaciones entrañables, que el Maestro debía tomar una parte activa en la magna obra del resurgir de España. Tan justas son estas palabras, que pasma no se haya concebido y practicado antes esa obra fecunda de acción social que la Escuela debe realizar si en verdad deseamos que sea una institución eficaz y viva.

Ha sido precisa toda la indiferencia y hasta el desprecio en que hasta aquí se tenían las cosas a la Escuela atañederas, para limitar el papel del Maestro a desasnar criaturas inculcándoles, a golpes de férula didáctica, el arcáico trivium—«leer, escribir y contar» para votarlas luego, armadas de tan débiles armas, a un ambiente rural carente de espirituales sugerencias, donde los instrumentos de cultura que la Escuela enseñó a manejar se convierten pronto en herramientas inútiles. La Escuela, tal como la concibe y la exige nuestro tiempo, no puede dar por terminadas sus tareas, como antes ocurría, cuando el niño deletrea un escrito, garrapatea su nombre y sabe de memoria la tabla de multiplicar; ni puede sentirse contenta cuando ha dotado al niño de la mayor suma de conocimientos primarios. Sabe que más allá de sus muros, después que el niño ha abandonado las escolares tareas, le esperan

una vida plana y ruda, donde la tradición, la rutina y la inercia mental imperan como única señora, ahogando inquietudes y matando anhelos de superación. Hartas veces se ha dicho en los manuales de Pedagogía que la educación es obra de toda la vida. ¿Cómo, entonces, se dá por oficialmente terminada a los catorce años, sin que volvamos a actuar sobre esos gérmenes de cultura que la Escuela siembra, amorosa, en el tierno barbecho del alma infantil? ¿Qué extraño que los culturales tallites que hacemos brotar en el alma del niño, sean luego ahogados y destruidos por las malas hierbas de la rudeza y la incultura ambientes?... No; nuestra Escuela no puede condenarse a sí misma a la inutilidad, a la trágica inutilidad de esforzarse cotidianamente en una dura siembra infecunda.

Analfabetismo

Según las últimas estadísticas oficiales—el Censo de 1920—todavía hay un 52'2% por 100 de españoles que no saben leer ni escribir o, lo que es lo mismo, más de la mitad de nuestros compatriotas viven al margen del orbe cultural: son *analfabetos*. Esta palabra analfabeto debió ser forjada en aquellos tiempos, todavía no muy lejanos, en que la máxima aspiración pedagógica era hacer que el niño repitiese los signos escritos, sin ahondar mucho en su cabal interpretación. Si apretamos un poco nuestra idea de mínima cultura necesaria, en armonía con las exigencias de la época, examinando uno por uno, si ello fuera posible—y lo es para cada cual dentro de su habitual horizonte—esos 47,77 españoles que de cada 100 saben leer y escribir veremos, con pena, que la mitad, por lo menos, no pueden manejar las herramientas culturales por el completo desuso en que las han tenido desde que salieron de la Escuela. Si tarea primordial nuestra es que los que nada saben reciban el bautismo cultural, no lo es menos esa obra redentora de amplificación y prolongación social de sus afanes cotidianos, en gesto misericorde de ayuda y tutela a quienes han menester de apoyo y guía para no naufragar en el proceloso océano de la vida rural.

Esta obra de continuación escolar tiene dos aspectos tan necesarios como interesantes. Atañe uno a la especialización que la cultura primaria debe recibir luego que el niño sale de la Escuela, con miras a una preparación profesional más robusta y sólida. Aquí surge la necesidad de completar la obra de la Escuela primaria con instituciones especialistas de orientación y prepara-

ción pre-profesional, tan necesarias para intensificar la producción española con obreros especialmente aptos. Esta labor excede, por su carácter, de las posibilidades de nuestra Escuela. Mas no así el segundo aspecto de esta tarea tutelar y protectora, que ha de dirigirse a continuar ahincadamente el cultivo del hondo campo general de la cultura humana, que, como contrapunto necesario, debe formar siempre en la mental sinfonía dando a nuestras particulares actividades sabor y sentido de plena humanidad. Esta protección y continuación de la tarea genuina de la Escuela, a ella corresponde por propio derecho.

Mi Biblioteca de Cultura Popular

Pululando en mi cerebro, como inquietas abejas espoleadoras, estas ideas de tutela cultural, siempre mantenidas en revolar alentador por la honda voz de mi entusiasmo juvenil, apenas tomé posesión de esta Escuela—ahora va a hacer dos años—concebí el propósito amado de tender la mano protectora a los adultos rurales estableciendo aquí una Biblioteca escolar popular. Además de aquellas previas ideas generales, acuñábame a realizarlo la observación amorosa que del estado general de la cultura del pueblo comencé a hacer, auscultando cuidadoso el latir intelectual del alma campesina. De esta observación deduje lo que todos mis compañeros saben bien: la vida rural española es campo yermo y triste lleno de los abrojos de la suspicacia y las espinas del rudo vivir monocorde y materialista. Yo deseaba vehementemente hacer florecer en él las campánulas de la sugestión noble y las violetas perfumadas de la espiritual inquietud, incitando al alma campesina a alcanzar más altas metas. El pueblo no leía, y no lo hacía sencillamente porque no sentía la necesidad de ampliar el angosto horizonte cotidiano, hermética pista de noria en que el pobre labriego da eternamente sus vueltas tradicionales. El quid del asunto está—me decía—en engrender en las gentes campesinas el sentimiento de la poquedad de la vida primitiva a que secularmente se vienen dedicando, haciéndoles amar moldes vitales más elevados y puros, y constriñéndoles luego a escanciar cordialmente en ellos el vino de sus energías. Mas ¿cómo inyectar simientes de espiritualidad en el alma plana y monda del burgo rural?... Es ésta empresa compleja y delicada que excede mis humildes posibili-

dades—me decía dentro ese personajillo escéptico y burlón que todos llevamos.

No obstante, yo seguía acunando mi ensueño, en espera de hallar el medio de realizarle. Y, al fin, me decidí, a pesar de las opiniones poco esperanzadoras de las personas a quienes consultaba. Era el día de la fiesta del Patrón de la aldea. El pueblo entero, endomingado, ambulaba por las calles en júbilo festero. Y pensando que ningún día era tan apropiado como aquél para dirigirme al pueblo entero, pulsando el ritmo de sus afanes y deseos, rodeado de las autoridades que presidian el acto, comencé a hacer una fogosa apología de la cultura ante quinientos oídos ávidos de escuchar cosas nuevas. Al final, esboqué mi proyecto de Biblioteca de Cultura Popular, abriendo una suscripción pública que yo mismo encabecé con cinco pesetas. El resultado no pudo ser más halagüeño: un pueblo de apenas 500 vecinos, pobres braceros en su mayoría, dió, para la Biblioteca 312 pesetas, sin que ningún donativo excediese de 5 pesetas, abundado mucho los de 5 y 10 céntimos que, no obstante su exigüedad, fueron, para mí, los más expresivos y amados porque eran la humilde y aromada ofrenda de los que tienen hambre y sed de pan y de cultura.

Los libros

Para orillar dificultades y evitar censuras, tan frecuentes en los medios rurales, donde la suspicacia y la marrullería suelen paralizar las mejores intenciones, tuve buen cuidado de asociar la Junta local de Primera enseñanza a todo lo referente a la Biblioteca en gestación. Así, para hacer la lista de los libros que habían de constituir la (1), nos reunimos en sesión a la que cada cual llevó un índice de los que, a su juicio, debían adquirirse. Dado el nivel cultural de los posibles lectores, hice especial hincapié en que todos los libros fueran de vulgarización, acomodados lo más posible a los escasos alcances ideológicos de la gente labriega. En las novelas y poesías procuré atender lo bueno, aunque muchas veces subordinándolo a su calidad moral impecable. Y en la parte destinada a perfeccionamiento profesional, medio de paliar en algo la falta de Escuelas especiales de perfeccionamiento, se dió preferencia absoluta a los libros de divulgación agrícola, ya que el matiz de los libros que

(1) Asunto espinoso, al que hay que dedicar mucho tacto y mesura.

formen una Biblioteca rural debe venir condicionado por las ocupaciones preferentes del pueblo.

Cuando ya llevaba la Biblioteca medio año funcionando normalmente, una acertadísima disposición ministerial instituyendo la Fiesta del Libro dió ocasión a un nuevo e importante enriquecimiento de su acervo civilizador. Tras algunas conversaciones con los rectores de la vida municipal, logré que el Ayuntamiento, sobrepasando los deberes mínimos que le marcaba la Real orden que se dictó ordenando que las Corporaciones municipales invirtiesen en libros el medio por ciento de sus presupuestos, diese 100 pesetas para la Biblioteca recién creada. Tal simpático rasgo de generosidad y cultura permitió aumentar considerablemente el número de libros. Además, se hizo alguna propaganda y las personas cultas de la localidad donaron tomos de su propiedad. A principios de invierno organicé una velada teatral infantil, cuyos fondos fueron destinados también a la adquisición de libros. He aquí los medios por mí utilizados para crear la Biblioteca popular escolar, que hoy cuenta con 207 tomos, número suficiente para iniciar una fecunda siembra de cultura en el reducido campo de este pueblo. Estos libros están distribuidos en las secciones siguientes:

- I. «Agricultura y Ganadería», 60 tomos
- II. «Higiene y Medicina», 10 ídem.
- III. «Artes y Oficios», 12 ídem.
- IV. «Viajes y Aventuras», 8 ídem.
- V. «Ciencias varias», 12 ídem.
- VI. «Literatura», 62 ídem.
- VII. «Sección infantil», 43 ídem.

Una simple lectura de esta distribución advierte en seguida la importancia que he concedido a tres secciones: la agrícola, la literaria y la infantil. Ya he indicado antes las razones de medio social que me indujeron a dar esa preferencia a la sección agrícola. El estatismo y la rutina imperantes en nuestros campos impide la renovación de procedimientos de cultivo que exige la agricultura española para incorporarse al progreso general operado en todas las técnicas de producción. Lo mejor sería llevar a los más apartados rincones los progresos agrícolas, haciendo tangibles y persuasivas sus normas en el campo de demostración que, adscrito a la Escuela, todo pueblo debiera tener. Pero hasta que eso llegue, unos buenos libros de divulgación son un medio estimable de suplir en algo esa falta lamentabilísima.

En cuanto a la importancia que he concedido a la sección literaria, que acaso a algu-

nos parezca excesiva, debo advertir—y la experiencia ha corroborado mi opinión, acaso exacerbándola—que para quienes no tienen costumbre de leer, ni sienten la necesidad de asomarse al mundo del espíritu por las ventanas de los libros, el tomo técnico, por muchas concesiones que haga al lenguaje vulgar y llano, no posee suficientes encantos de atracción.

La sección infantil me parecía doblemente interesante. A primera vista, es imperdonable que en una Biblioteca escolar no haya algunos libros especialmente dedicados a los niños. Este parecer recibe considerable refuerzo si meditamos con algún detenimiento el tema, en sí interesantísimo, de las lecturas infantiles. La escasísima dotación que para material reciben nuestras Escuelas y la falta de libros buenos de lectura escolar que tengan en cuenta la genuina modalidad y trascendental significación del alma pueril, hacen que nuestros niños conozcan solamente dos o tres libros que, siempre iguales y tediosos, ofrecen a la mirada infantil, ávida de novedad, las mismas láminas aburridoras y los mismos temas monótonos. Esta inadaptación—cuya demostración completa intentaré otro día—y aquella falta de variedad, contribuyen a formar en el niño un horizonte espiritual lamentablemente angosto, además de engendrar en él el «terror al libro», del que diremos algo después. En la imposibilidad de renovar los libros de lectura escolar cada dos meses, como sería mi deseo, hice en la Biblioteca un huequecito cobijador a los libros infantiles, para que mis alumnos puedan empezar a sentir lo que hasta ahora la Escuela no ha sabido engendrar: el amor al libro, la pasión por la lectura.

Organización

Enemigo de los trámites prolijos y los aparatos reglamentarios, fué desde el primer momento empeño mío convertir la naciente Biblioteca en algo vivo y fecundo, bien distinto de esos inútiles almacenes de libros que no sirven sino para amortizar en ellos algunos miles de pesetas. Yo quería poner los libros al alcance de todas las familias, y particularmente de aquellas que por su falta de tiempo y de medios no pueden dedicar a instruirse las energías que, desgraciadamente, necesitan para menesteres vitales más urgentes que el recreo intelectual. Por esto huí de convertir la Escuela en sala de lectura, convencido de que los más necesitados de las Enseñanzas de la Biblioteca no habrían de ir a recibirlas. Yo quería atraer hacia la lec-

tura regeneradora a los labriegos rudos, a la juventud imprevisora, a las madres que día a día van modelando el corazón del pueblo. Por eso no vacilé en dar a la Biblioteca carácter circulante. En las noches de invierno—pensaba—, mientras la lluvia repiquea en la calle su canto monocorde y el viento silba su trágica canción, a la luz de la lámpara familiar el padre lee en voz alta las páginas de un libro amado, y los mozos curtidos y las niñas tiernas oyen, embelesados, el relato emocionante...

Mandé confeccionar un talonario de recibos que firman quienes solicitan el libro al llevarse a casa. El tiempo máximo que cada lector puede tenerle es de veinte días, tiempo suficiente para que sea leído aun por quienes tengan muchas ocupaciones. Una vez devuelto, se corta el recibo por un picado que le separa de la matriz, y en ésta quedan los datos necesarios para hacer, en cualquier momento, la estadística de lectores y libros leídos. En las operaciones de extender recibos, incluir en Catálogo un nuevo libro, etc., alternan tres de los niños más adelantados de la Escuela.

Resultados

Dados los antecedentes culturales del pueblo, su escaso censo y la habitual ocupación agrícola de la inmensa mayoría de sus habitantes, los resultados obtenidos con la Biblioteca son, ciertamente, consoladores. En diez meses de funcionamiento normal, se registra un movimiento de más de 200 tomos. Un espíritu menos exigente que el mío se daría por satisfecho con esta cifra. Yo no lo estoy aún. Yo quería principalmente sembrar inquietudes espirituales en la masa campesina que, de la cuna a ataúd, vive una vida ruda y elemental. Y confieso que, no obstante mi activa campaña en la Escuela y en la calle, en la conferencia oral y en las columnas de los diarios provincianos, sólo un número de campesinos, mucho más reducido que el que yo soñaba, han utilizado las enseñanzas de la Biblioteca. Como yo aspiro a que la lectura se haga una necesidad imperiosa, no puedo darme por satisfecho con que treinta niños hayan movido indirectamente a sus padres a leer alguno que otro libro. Yo deseo la petición directa, que evidencia una fuerte necesidad interior.

De aquí que, al encontrarme con que los más necesitados de enseñanzas son precisamente quienes sienten de ellas menos necesidad, no me considero autorizado para descansar en mis afanes culturales, y, ardiendo

en deseos de atraer hacia la lectura regeneradora a esa masa labriega que sabe y no lee, he proyectado ahora un nuevo medio de engendrar en ella el afán de saber, el gusto del libro bello y bueno.

Nuevo proyecto

En casi un año de ensayo amoroso y entusiasta de Biblioteca rural, he descubierto la difícil complejidad del intento—a primera vista fácilmente hacedero—de levantar el espíritu desértico y mondo de nuestro campesino. Es apenadora la penuria ideológica de la masa labriega que, en un nivel mental ínfimo, no halla libros fáciles al alcance de sus escasos poderes de comprensión. En la Escuela de adultos—que a ratos convierto en sala de lectura activa y comentada—he hecho multitud de experiencias acerca de las posibilidades captadoras de las almas elementales. Y, como resumen de las mismas, puedo afirmar que, no ya solamente los libros técnicos, sino hasta aquellos que van animados de un sincero propósito vulgarizador, caen, en su inmensa mayoría, fuera de la órbita en que se mueven los alcances del hombre medio de nuestros campos. Ello no quiere decir que estén mal hechos los libros españoles, sino que la gran masa media a que van dirigidos no está todavía en condiciones de entenderlos. Esta ininteligencia del libro aumenta la indiferencia y hasta la repulsión que generalmente inspiran, y, siendo así, no es de extrañar que quienes más debían frecuentarlos, por necesitarlos de un modo harto urgente, no lleguen a desposarse con ellos ni, por ende, a sentir su utilidad ni su belleza.

Se necesita, en la inmensa mayoría de los casos, servir la cultura en dosis más ligeras, que no cansen al paciente. Es preciso abandonar el estilo rebuscado, el léxico difícil y el tono doctoral, para atraer hacia la lectura a las gentes ignaras.

Mas, ¿cómo aficionar a ella? ¿Qué medio poner en práctica para lograr tan bello y trascendental propósito?... Pensé en intensificar las conferencias públicas, convirtiéndolas en charlas en torno de los libros más importantes, como se hace en la Argentina. Pero no tardé en abandonar la idea. Ya había dado multitud de conferencias—de alguna manera hemos de llamarlas—sobre varios temas: el vuelo del «Plus Ultra», la Fiesta de la Raza, etc., etc., y observaba que el vehículo oral deslumbra y pasa como un meteoro, sin dejar huellas duraderas en el espíritu de los oyentes. Y yo quería ahora algo

más permanente y eficaz. Por fin, tras maduro examen, me decidí por el medio que ya estoy poniendo en práctica, tan al alcance de todos los pueblos, como mi Biblioteca de Cultura Popular.

Se trata de una hojita impresa quincenal cuya única finalidad sea la siembra de enseñanzas, en lenguaje sencillo y llano para que todos, y principalmente los más incultos, puedan aprovechar sus beneficios. Sorteando escollos, he eliminado de sus columnas cuanto se relacione con la política, en todos sus matices, ya que mi propósito—totalmente logrado hasta ahora—es hacer coincidir en el estadio amable de la Hoja, los esfuerzos educadores de cuantos puedan enseñar algo útil. Así el médico y el farmacéutico se han encargado de una sección de Medicina e Higiene, el párroco de otra sobre Religión y Moral, un perito agrónomo, que es hijo del pueblo, pero reside fuera, hablará de Agricultura y Ganadería, dos o tres muchachos con aptitudes harán crónicas y poesías, y yo, además de hablar de educación, pondré cuentos sencillos—la composición literaria popular por excelencia—, publicaré extractos simplificados de obras de la Biblioteca, incitando a leerlas y pondré, en fin, en práctica, cuantos medios me sugiera mi entusiasmo mozo y mi amor a la cultura del pueblo. El sostenimiento material de la hojita es altamente sugestivo: a la recepción de cada número, cada cual da lo que espontáneamente tiene a bien y el déficit resultante lo

abona, a prorrates, un núcleo de amigos de la Escuela que se han ofrecido a sostener la publicación. Tengo fundadas esperanzas de que la hoja y la Biblioteca, en ayuda cordial, conseguirán transformar el actual estado cultural del pueblo.

Palabras finales

Hasta aquí mis humildes, pero fervorosos intentos de extensión cultural. Ya solo dos palabras finales. Y... ¡cuánto desearía que ellas tuviesen la virtud de comunicar a mis compañeros la emoción impagable que me embarga, cuando considero los alentadores resultados de esta mi humilde obra amada!... Enseñar, enseñar siempre; manumitir espíritus, redimir almas. Divisar la densa tiniebla mental que rodea a muchas vidas y, con la lámpara de Psiquis en la mano, ir hacia la tiniebla, hacia la noche, y herirla de muerte con un fulgurante rayo de luz!... ¡Oh, santidad inigualable de la obra magna a que hemos prendido nuestros afanes de cada hora!... ¡Qué grande y hermoso realizarla, y qué fácil, sin embargo!...

Fácil, cuando la senda larga se hace amable y el duro camino risueño y atrayente porque dentro del pecho el corazón nos canta una esperanzadora sonata caminera: el Canto de Ultreya de una España mejor.

ADOLFO MAILLO GARCIA

Aldea del Cano (Cáceres).

EL VOLUMEN XXXI, forma el ANUARIO DEL MAESTRO

que se pondrá a la venta, en todas las Librerías de España, el día 15 de este mes. Un tomo de **680** páginas, conteniendo cuanto se ha legislado durante el año 1927, y entre otras disposiciones el

Reglamento para la aplicación del Estatuto de Clases pasivas.

PRECIO DEL EJEMPLAR, TRES PESETAS

CUENTO PARA NIÑOS

El juego maldito

I

En una casita de campo cercana a un pueblo importante de Navarra, vivían dos ancianos dedicados al cultivo de su hacienda, que cuidaban con esmero, mediante la ayuda que los trabajadores, bien pagados, les proporcionaban. Como eran buenos, cariñosos y honrados, no faltaban personas prontas a prestarles cualquier auxilio que necesitaran.

Daba gusto verlos juntos, con la agilidad que a su edad tenían, salir de paseo a tomar el sol para calentar su vieja sangre.

Como los años eran buenos, y las cosechas abundantes, ahorraban algunos dinerillos, que guardaban ansiosos, no para ellos, sino para su hijo único, un muchacho de veinticinco años que residía en la Corte y tenía un cargo bueno y de confianza en una importante casa de banca.

II

Hacía cinco años que los viejos no veían a su Pepito, como ellos le llamaban. Varias veces les había prometido su visita, pero no cumplía su ofrecimiento, pretextando cualquier excusa; pero la realidad era muy otra.

Es que, a pesar de ser trabajador, tenía un defecto gravísimo. Se jugaba, no sólo cuanto ganaba, sino lo que muchas veces le mandaban sus padres, a los que con engaños solía pedirles, de cuando en cuando, alguna cantidad, para emplearla, según les decía, en la compra de valores.

Y como todo lo consumía en la sima insondable del juego, no tenía una peseta, y no se atrevía, en estas circunstancias, a presentarse ante sus progenitores, por miedo a que se descubriese la verdad, con detrimento del buen concepto en que se le tenía en el pueblo, y con el consiguiente disgusto, que él quería evitar, para sus padres, a los que amaba de veras.

En una carta escrita con singular cariño, les anunciaba que no dejaría de asistir aquel año para las fiestas del pueblo y para abrazarles estrechamente, después de una ausencia tan larga.

III

Todos los días, a la hora en que el cartero solía pasar, se ponían los viejecitos en la puerta, en espera de la ansiada carta que había de traerles la nueva del feliz arribo de su hijo.

Vino, en efecto, la suspirada epístola, pero... ¡cuán lejos estaban de pensar su contenido!

Rasgaron con gozo el sobre, y la mujer, que era la que mejor veía y sabía leer, leyó en alta voz lo siguiente:

«Queridos padres: Siento darles una noticia tristísima cuando pensaba abrazarlos. Les escribo con honda pena, porque me puse a jugar con la esperanza de ganar una buena cantidad y hacer que ustedes se retiraran del trabajo, y he tenido la desgracia de perder, no sólo mi dinero, sino también cuarenta mil pesetas que mi jefe me había entregado para hacer un pago.

Como no puedo abonarlas, seré despedido de la casa en que estoy colocado y entregado al Juez, que me llevará a la cárcel.

De todo corazón les ruego me perdonen, por el disgusto tan grande que les proporciona su hijo que no les olvida.—Pepe.»

IV

Después de la sorpresa y sentimiento que esta carta les produjo, se miraron los dos viejos, y como si hubiera conocido el uno los pensamientos del otro, prorrumpieron a la vez: «Le mandaremos ese dinero para que nuestro hijo se salve.»

Fueron al telégrafo, y pusieron un telegrama redactado así:

«Valor, mandamos dinero.»

Inmediatamente vendieron todo cuanto poseían, la casa, los campos, los animales. Se quedaron absolutamente sin nada. Había de ser todo para él, luego era lo mismo entregárselo antes de morir ellos.

Recibió el hijo la cantidad recogida por sus padres a costa de muchísimos sacrificios, salvándose así de la deshonra y del presidio; y cuando con la mayor alegría entraba en el pueblo, esperando estrecharlos fuertemente sobre su corazón, oyó el tañido de una campana que tocaba a muerto.

Presintió una desgracia, y no se equivocó. Aquel fúnebre sonido era anunciador de la muerte de unos ancianos que gustosamente habían sacrificado todo por su hijo, y que la pena de ver a éste desgraciado les había matado.

Este hijo, que llevaba en la cartera quince mil duros ganados en el juego, y que iba con la intención de dárselos a sus padres, quedó desolado, comprendiendo la mucha culpa que él tenía en la desgracia que le afligía.

Huid siempre del juego, por las grandísimas e irreparables desgracias que produce.

MANUEL SANCHEZ

LIBROS Y REVISTAS

Un día en Toledo, por P. Riera Vidal, Inspector de Primera enseñanza, en Toledo. (Guía infantil, artística, ilustrada).

En la larga y valiosa bibliografía a que ha dado lugar el estudio de la imperial ciudad, podía notarse fácilmente un vacío: no existía en ella un libro que, escrito por pluma conocedora de su misión, pusiera al alcance de los niños la interpretación de las bellezas que Toledo encierra. La lectura de un libro de esa naturaleza habrá de ser una preparación que les pudiese en condiciones de hacer luego con fruto su visita a Toledo. Este vacío ha venido a llenar el Inspector señor Riera Vidal con el libro de que hoy damos noticia. Delicadamente editado y con profusión de buenos grabados, como corresponde a un libro de esta naturaleza, el autor marca el recorrido que debe seguirse en una visita de un día por Toledo. Con tal acierto está hecha, que nosotros, que hemos probado a seguir paso a paso el recorrido que indica, podemos afirmar que, con este libro en la mano, no hace falta guía alguno para el turista. Basta con la compañía que el libro proporciona, y en el que, además, hallamos selecto lenguaje, a la par que sencillo, que emplea para las descripciones y enseñanzas, cosa ésta que, para otros, es de una dificultad insuperable. Riera no ha olvidado, ni un solo momento siquiera, que se propuso escribir una guía para los niños. Lo ha hecho muy bien. Pero, sin dejar de cumplir su propósito, y por aquello de que el turista que llega por vez primera a una ciudad tiene algo de niño temeroso, que duda, busca y vacila, porque desconoce, puede muy bien su obra tener también, y de hecho lo tiene, un gran interés para los grandes. Nuestra sincera felicitación al autor, que bien la merece por su obra.

Psicología del niño, por Robert Gaupp, traducción de Antonio Vallejo, Subjefe de clínica mental militar de Ciempozuelos. Editorial «Labor», Barcelona.

El autor de este libro, en una observación que pone al final del mismo, dice lo siguiente: «El creciente interés que ha despertado en todos los círculos sociales e intelectuales la psicología infantil, permite presumir que no está lejano el día en que esta joven rama de la psicología se explique y enseñe a Maestros y Maestras». Para esto está dedicada la presente obra, que la Editorial «Labor» ha dado al público para aumentar la ya famosa colección de sus manuales. Trata el autor, en el breve espacio de sus 240 páginas, de temas tan interesantes como el de los instintos infantiles, el desarrollo del lenguaje en el niño, del juego en la infancia, dedicando una buena parte de la obra a asunto de tanto interés para los Maestros como la psicología del escolar. Dos capítulos son los que descuellan, principalmente, esta obra: aquél en que trata *del niño y el arte* y la breve reseña que hace al comienzo sobre la *historia de la psicología infantil*, donde sigue, paso a paso, el desarrollo de estos conocimientos, hasta el momento presente. Dan mayor valor aún a este libro unas notas finales, muy completas, que se proponen servir como de guía práctica para la determinación de la edad y los coeficientes mentales de los niños. Son un auxiliar buenísimo para todo Maestro que desee conocer prácticamente estas cuestiones. En esta guía práctica se realiza la notación de los resultados según el método Binet Bobertag.

M. Gaupp, con este libro, ha colocado un importante jalón más, para que pueda realizarse con acierto el estudio psicológico de la infancia, postulado indispensable de una racional obra pedagógica.

ANALISIS GRAMMATICAL

por D. Ezequiel Solana.—152 páginas, 2,50 pesetas.
